

Las Hijas de la Caridad en la Iglesia

A los 400 años del origen de su carisma

M^a Ángeles Infante, HC

1. Un carisma que parte de la experiencia de Châtillon

San Vicente estaba convencido de ello. Una necesidad urgente, un toque de gracia en unos corazones sensibles y una respuesta solidaria. Los tres elementos se dan cita en Châtillon en agosto de 1617 para hacer nacer un carisma de caridad renovador al servicio de Cristo en los pobres. El mismo fundador lo refiere a las Hermanas el 13 de febrero de 1646: *“Sabed, pues, que, estando cerca de Lyon en una pequeña ciudad en donde la Providencia me había llevado para ser párroco, un domingo, como me estuviese preparando para celebrar la santa misa, vinieron a decirme que en una casa separada de las demás, a un cuarto de hora de allí, estaba todo el mundo enfermo, sin que quedase ni una sola persona para asistir a las otras, y todas en una necesidad que es imposible expresar. Esto **me tocó** sensiblemente el corazón; no dejé de decirlo en el sermón con gran sentimiento, y Dios, **tocando el corazón** de los que me escuchaban, hizo que **se sintieran todos movidos de compasión** por aquellos pobres afligidos”* (IX, 232).

En los inicios hubo un movimiento fuerte de compasión en cadena, suscitado por el Espíritu de Dios, fuente de la verdadera caridad que tocó los corazones y los puso en movimiento de compasión: *“Esto me tocó sensiblemente el corazón; no dejé de decirlo en el sermón con gran sentimiento, y Dios, tocando el corazón de los que me escuchaban, hizo que se sintieran todos movidos de compasión por aquellos pobres afligidos”* (IX, 232).

Recordemos con detalle el acontecimiento: Un domingo, en torno al 20 de agosto, mientras se revestía para la misa, Francisca Baschet y señora de Chassaigne¹, mujer notable de la parroquia, entró en la sacristía para decirle que, en las afueras del pueblo, había una pobre familia en extrema necesidad: todos estaban enfermos con carencia total de alimentos y medicinas y sin persona alguna que los asistiera. El buen sacerdote enterneció su corazón y se llenó de compasión.

¹ Mme de la Chassaigne era hermana del famoso poeta y matemático Gaspar Bachet de Mizériac, uno de los cuarenta primeros miembros de la Academia Francesa. Cf. GEORGES GOYAU, *Les dames de la Charité de Monsieur Vincent (1617-1660)*, E. Art Catholique, 6 Place St-Sulpice, Paris 1918, p. 6.

En la homilía expuso a los fieles aquella necesidad con tal ardor y celo que los feligreses se sintieron tocados en su interior. Su compasión fue contagiosa porque “*Dios tocó el corazón*” de los oyentes. Por la tarde Vicente, acompañado de un honrado burgués de la villa, fue a visitar a aquellos enfermos. Con sorpresa encontró por el camino multitud de personas que iban o venían de visitarlos y llevarles víveres. Aquello parecía una romería. Vicente llegó y comprobó por sí mismo la extrema necesidad de aquella pobre gente. Administró los sacramentos a los más graves. Vio también la cantidad de socorros que los feligreses habían aportado y reflexionó: “*Estos pobres enfermos han recibido hoy de golpe provisiones de sobra. Parte de ellas se les estropearán, y mañana se encontrarán en su primitivo estado. Esta caridad no está bien ordenada*”². ¡Es necesario organizar la caridad!

Tres días después, el miércoles 23 de agosto, Vicente ponía en marcha su proyecto. Reunió un grupo de señoras piadosas del pueblo, entre ellas Francisca Baschet y señora de Chassaigne y Carlota de Brie, señora de Brunand, tocadas por la compasión. Las animó a crear una asociación para asistir a los pobres enfermos del lugar³. Al día siguiente se comprometían a empezar la buena obra, realizando el servicio cada día una, por orden de inscripción.

El Reglamento provisional recogía los elementos esenciales:

- organización del servicio a realizar, ayudando a los enfermos en sus domicilios,
- espiritualidad evangélica fuerte basada en las bienaventuranzas: humildad, sencillez y caridad,
- competencia profesional realizando el servicio con cuidado, ternura y responsabilidad,
- y todo bajo la mirada y protección de la Santísima Virgen María: “*Como no es posible que no vaya bien una obra de importancia para la que se invoque a la Madre de Dios, las susodichas damas – reza el acta de la reunión – la toman por patrona y protectora de la obra*”⁴.

El 24 de agosto de 1617, fiesta de San Bartolomé, empezó a funcionar la primera Cofradía de la Caridad de Chatillón. Había nacido el carisma de la caridad organizada para servir a los pobres en las parroquias.

² LUIS ABELLY, obispo de Rodez: *Vida de san Vicente de Paul*, Traducción del original francés en Ed. CEME, Salamanca 1994, L. 1 c. 10, p. 65.

³ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas*, Edición española, Ed. Sígueme de Salamanca, 1981, X, 567.

⁴ *Ibidem*, X, 567.

2. De las Caridades a la Compañía de las Hijas de la Caridad

De este acontecimiento surge la Compañía de las Hijas de la Caridad el 29 de noviembre de 1633. San Vicente estaba convencido de ello. Así en la conferencia a las Hijas de la Caridad sobre el amor a la vocación y la asistencia a los pobres del 13 de febrero de 1646 describe los orígenes de la Compañía partiendo de la cofradía de la Caridad de Châtillon, después cita la de Villepreux y otras hasta llegar a las de las parroquias de París. Recuerda la historia de la presencia, misión y muerte caritativa de Margarita Naseau, concluyendo: *He aquí, hijas mías, cuál fue el comienzo de vuestra Compañía; como entonces no era lo que es actualmente, hemos de creer que tampoco es ahora lo que será luego, cuando Dios la haya situado en el puesto en que la quiera; porque, hijas mías, es preciso que creáis que las comunidades no se hacen de un solo golpe... Vuestra institución no es obra de los hombres; por tanto, podéis decir con seguridad que es de Dios*⁵.

En sus orígenes confluyen varios acontecimientos:

- La inspiración del Espíritu Santo recibida por Luisa de Marillac en la Luz de Pentecostés de 1623.
- La necesidad de cuidado que tenían los enfermos pobres y la necesidad de instrucción de las niñas en las aldeas.
- Los fallos de organización y calidad del servicio prestado que se daban en las Cofradías de la Caridad.
- La presencia de jóvenes vocacionadas con deseos de entrega total a Dios para servirle en los pobres.

En la luz de 1623 Luisa vio la llamada de Dios a formar parte de la Compañía. Su percepción no fue plenamente nítida; había luces y sombras. No sabía cómo podía ser aquello: entrega total a Dios con votos, vida comunitaria fraterna sólida, idas y venidas con la misión única de servir a los pobres⁶. Poco a poco, con la ayuda de Vicente de Paúl, la luz del Espíritu irá iluminando su ser y su misión. A la vez, en las Cofradías de la Caridad surgieron abundantes fallos tanto en el servicio a los enfermos como en la organización... Él reconoce que *"aquello no iba bien"* porque Dios quería hacer surgir en su Iglesia la Compañía de las Hijas de la Caridad. San Vicente envió a Luisa de Marillac como visitadora de las Caridades y buena organizadora. En esas visitas ella percibe la presencia de jóvenes vocacionadas para la entrega total a Dios en el servicio de los pobres; las acoge, forma y acompaña.

⁵ *Ibidem*, IX/1, 234.

⁶ SANTA LUISA DE MARILLAC, *Cartas y Escritos*, Ed. CEME, Salamanca 1985, E. 3, p. 667.

En medio de las idas y venidas, la presencia de Margarita Naseau se hizo foco iluminador. Su muerte, en febrero de 1633, abrió nuevos caminos en el discernimiento de los Fundadores. San Vicente asegura en 1642 que esta joven no tuvo otro maestro más que Dios y que ella es la que abrió el camino a las demás... Ella es la evangelizadora *con espíritu*, que reúne en su persona las cualidades que define hoy el Papa Francisco. De ella nos dice San Vicente: **“Dios actuaba allí con su poder; atrajo a otras jóvenes, a las que había ayudado a desprenderse de todas las vanidades y a abrazar la vida devota”**. Después de Margarita Naseau vinieron otras jóvenes y *“comenzaron a reunirse y a juntarse casi sin darse cuenta”* (IX, 203).

A partir de esta experiencia se comprende el sentido de las obras de las Hijas de la Caridad y su apertura a cualquier tipo de pobres. La Compañía según San Vicente nace con cuatro características importantes que acompañan el carisma de la caridad:

- Dios actuaba allí con su poder (IX, 203) enviándonos a ser el consuelo de todos los pobres. Por eso afirma el 31 de julio de 1634: *“Dios os ha constituido para que seáis su consuelo”* (IX, 25).

- Es una Comunidad en la que cada hermana vive su vocación con entrega total a Dios para la misión: el servicio de enfermos pobres a domicilio y la instrucción de las niñas en las pequeñas escuelas (IX, 235; 526) y todos los pobres que nos puedan necesitar: *“Tenéis una vocación que os obliga a asistir indiferentemente a toda clase de personas, hombres, mujeres, niños y en general a todos los pobres que os necesiten, como lo hacéis por la gracia de Dios”* (IX/2, 1010).

- Las Hermanas se sienten continuadoras de la misión de Jesucristo a través de la humildad, la sencillez, la caridad y las virtudes propias de los consejos evangélicos: pobreza, castidad, obediencia, añadiendo un voto específico de la Compañía: el servicio de Cristo en los pobres: *“El que viese la vida de Jesucristo vería sin comparación algo semejante en la vida de una Hija de la Caridad. ¿Qué es lo que él vino a hacer? Vino a enseñar, a iluminar. Es lo que vosotras hacéis. Continuáis lo que él comenzó”* (IX, 534).

- Viven y sirven en total disponibilidad: *“Vosotras tenéis que instruir a los pobres **en todas partes** y siempre que tengáis ocasión, no sólo a los niños que van a la escuela, sino en general a todos los pobres a quienes asistís”* (IX/2, 765).

3. El carisma vivido en disponibilidad personal y diversidad de obras

Desde los inicios de la Compañía ha existido una fuerte disponibilidad por parte de las Hermanas para ir y venir a los lugares donde los pobres las han reclamado y los superiores las han enviado. Esta carac-

terística ha dado lugar a la gran diversidad de obras y lugares de servicio que contemplamos a los 400 años del carisma. El mismo San Vicente lo reconoce relejendo la historia y los acontecimientos. Así lo describe el 18 de octubre de 1655 al explicar a las primeras Hermanas el fin de la Compañía:

*“Vosotras, mis queridas Hermanas, os habéis dado principalmente a Dios para vivir como buenas cristianas, para ser buenas Hijas de la Caridad, para asistir a los **enfermos pobres**, no en una casa solamente como las del Hospital General, sino **en todas partes** como Nuestro Señor, que no hacía distinción alguna, pues asistía a todos los que acudían a Él. Es lo que comenzaron a hacer nuestras primeras Hermanas con los enfermos, asistiéndolos con todo esmero; y Dios, al ver que lo hacían con todo cuidado, yéndoles a ver en sus propias casas, como hacía Nuestro Señor muchas veces, dijo: ‘Estas Hermanas me agradan; cumplen bien con esta misión; voy a darles otra nueva’.*

*Y entonces vinieron, Hermanas mías, esos pobres **niños abandonados**, que no tenían a nadie que se cuidara de ellos, y Nuestro Señor se quiso servir de la Compañía para cuidarles, por lo que le doy las gracias a su bondad.*

*Y luego, al ver cómo habíais abrazado todo esto con tanta caridad, dijo: ‘Todavía quiero darles un nuevo empleo’. Sí, Hermanas mías, es Dios el que os ha dado, sin que nosotros pensáramos en ello, ni la señorita Le Gras ni yo; pues así es como se hacen las obras de Dios, sin que los hombres piensen en ellas... ¿Cuál es ese empleo? Fue la asistencia a los **pobres condenados a galeras**. Hermanas mías, ¡qué dicha servir a esos pobres galeotes, abandonados en manos de personas que no tenían piedad de ellos! Yo he visto a esas pobres gentes ser tratadas como bestias; eso fue lo que hizo que Dios se llenara de compasión de ellos. Le dieron lástima y luego su bondad hizo dos cosas en su favor: primero hizo que compraran una casa para ellos; segundo, quiso disponer las cosas de tal modo que fueron servidos por sus propias hijas, puesto que decir Hija de la Caridad es decir hija de Dios.*

*Todavía quiso daros una nueva ocupación: asistir a los **ancianos pobres y a esas pobres gentes que han perdido la razón**. Sí, Hermanas mías, es Dios mismo el que se ha querido servir de las Hijas de la Caridad para cuidar a esos pobres dementes. ¡Qué dicha para vosotras! ¡Qué gran favor es, para todas las que están ocupadas en eso, tener un medio tan hermoso para hacer un servicio a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo” (IX/2, 749-750).*

San Vicente nos ha descrito, de forma clara y sencilla, el origen y el sentido de diversidad de obras atendidas por las Hijas de la Caridad. Y lo más importante es la fuerza del carisma que se manifiesta como:

- **Don del Espíritu** que actúa en el corazón de Margarita Naseau: “Dios actuaba allí con su poder” (IX/1, 233).

• **Fuerza que impulsa** al desprendimiento de todo, especialmente de honores y grandezas a nivel humano, como se desprende de la actitud de María Denyse y Bárbara Angiboust. San Vicente admira esta fuerza: “¿Qué le parece, señorita? ¿No la entusiasma **ver la fuerza del Espíritu de Dios** en esas dos pobres jóvenes y el desprecio que les inspira del mundo y de su grandeza? No puede imaginar el ánimo que esto me ha dado por la Caridad” (I, 357-358).

• **Gracia que nos configura con Jesucristo:** “Para ser verdaderas Hijas de la Caridad hay que hacer lo que hizo el Hijo de Dios en la tierra: obedecer, trabajar continuamente por el prójimo, visitar y curar a los enfermos e instruir a los ignorantes para su salvación” (IX/1, 34).

Ese don, fuerza y gracia que se nos regala con el carisma de la vocación nos configura con Jesucristo adorador del Padre, servidor de su designio de amor y evangelizador de los pobres y nos lleva a atender a todos los necesitados y suscita la creatividad necesaria para llevar a cabo la diversidad de obras:

“Por tanto, el fin al que debéis tender es honrar a Nuestro Señor Jesucristo, el siervo de los pobres, en los niños para honrar su infancia, en los pobres necesitados, como en el Nombre de Jesús y como esas pobres gentes a las que asististeis cuando vinieron a refugiarse en París por causa de las guerras. Así es como tenéis que estar dispuestas a servir a los pobres en todos los sitios adonde os envíen: a los soldados, como habéis hecho cuando os han llamado allá, a los pobres criminales y en cualquier otro lugar en donde podáis asistir a los pobres, ya que es ése vuestro fin” (IX/2, 750).

Esta diversidad de obras que desde los inicios llevamos a cabo las Hijas de la Caridad es para servir mejor a los pobres, porque Dios les ama. Ellos son los preferidos hasta tal punto, que en muchas ocasiones hemos llegado a excluir de nuestro servicio a los que no lo son, en tiempos de San Vicente (IX/2, 1164) y después de él.

Desde los orígenes de la Compañía las Hermanas hemos tratado de **actuar sobre la realidad concreta de los pobres para transformarla** de acuerdo con el designio amoroso de Dios sobre ellos, proclamando con hechos la opción del mismo Dios por los pobres. Recordemos a Sor Bárbara Angiboust defendiendo a los galeotes de los malos tratos o a Sor Juana Dalmagne denunciando las injusticias cometidas con los pobres de Nanteuil ante las autoridades del lugar. Esa fuerza para transformar la realidad ha llevado a las Hermanas a vivir la audacia y la creatividad en el servicio, rompiendo fronteras geográficas en la internacionalidad. Se inició en tiempos de San Vicente cuando las Hermanas marcharon a Polonia en 1652 y desde entonces hasta hoy no ha cesado.

4. El carisma se adapta a las cambiantes necesidades de los tiempos

En las conferencias de Vicente de Paúl a las primeras hermanas nos propone una imagen que es una llamada a la adaptación que nos exige el rodaje de la historia. Era el año 1655 y la Compañía estaba creciendo. Las Hermanas eran llamadas de todos los puntos de Francia y de algunos lugares del extranjero como Polonia. San Vicente en la Conferencia sobre la explicación de las Reglas dice:

*“Al comienzo era una **pequeña bola de nieve**, pero esta pequeña Compañía ha ido aumentando y haciéndose tan agradable a Dios que se puede decir con certeza que **es el dedo de Dios el que ha hecho esta obra**, pues se extiende por todas partes. Sí, hermanas mías, vuestro nombre se extiende por tantos lugares que ha llegado hasta Madagascar y os esperan desde allí. Los padres que allí tenemos nos han dicho que sería de desear que hubiera allí hermanas de vuestra Compañía para ganar con mayor facilidad las almas de aquellos pobres negros. ¡Dios mío! ¡Hijas mías! Dios bendice vuestra Compañía y, si le sois fieles, la seguirá bendiciendo” (IX/2, 730).*

La imagen de la bola de nieve que rueda por la ladera de una montaña va creciendo a su paso porque asume la nieve de los lugares por los que va rodando. A mi modo de ver, es una llamada a la adaptación... La bola de nieve se adapta y se mezcla con la nieve que encuentra a su paso. Solo así puede abrirse camino, crecer y seguir rodando. Es lo que ha hecho y hace la Compañía a lo largo de la historia.

La adaptación del carisma a la situación cambiante de los tiempos en el siglo XVIII la realizó el Superior General P. Juan Bonnet (1711-1735) y las Superiores Generales que guiaron los destinos de la Compañía durante su mandato. La Compañía iba creciendo y se hizo necesario ampliar el derecho propio que nos habían dejado los Fundadores. Para alentar el carisma y acompañar las necesarias adaptaciones del servicio, en su tiempo se dividieron las Hermanas de Francia en Provincias. Había 14 en el año 1712 y 19 en 1718⁷. Todavía no había comenzado la expansión internacional; el número de Provincias citado se refiere a Francia y Polonia, país al que fueron las hermanas en tiempo de los fundadores.

Además el P. Bonnet establece orientaciones para las visitas canónicas y regulares, la celebración de Asambleas sexenales, Reglamentos para el desarrollo de los diversos oficios de la Compañía: Superiora General, Director, Asistentas, Económas, Despenseras y Secretarías. También organizó el temario de meditación para los Ejercicios Espirituales y Retiros mensuales así como el temario de formación para las herma-

⁷ *Génesis de la Compañía*, Hijas de la Caridad, Casa Madre, Paris 1968, Edición española, p. 36.

nas del Seminario y hermanas jóvenes centrado en cuatro bloques: el Evangelio y la vida de Jesucristo como seguidoras suyas, el Catecismo de la Iglesia católica, como buenas cristianas e hijas de la Iglesia, la biografía, Reglas y enseñanzas de los Fundadores.

Con ello pretendía que las hermanas tuvieran una formación sólida para poder ser y sentirse continuadoras de la misión de Jesucristo, servidor y evangelizador de los pobres y así hacer lo que Él hizo:

- Cuidar y curar a los pobres enfermos en sus domicilios,
- Enseñar y educar a los niños de los campos y en las escuelas,
- Cuidar a los enfermos en los hospitales,
- Atender y educar a los niños pobres sin hogar y huérfanos,
- Cuidar y curar a los galeotes en las cárceles y hospitales,
- Atender a los pobres vergonzantes,
- Cuidar a los pobres dementes.

Para el servicio de estas obras se elaboraron diversos manuales para cada tipo de servicio, con el fin de adaptarse a cada realidad concreta. ¿Qué pretendía el P. Bonnet con esta operación de adaptación? En la traducción española conservada en el Archivo canario (las Hermanas llegaron a las islas el año 1829), se aprecian con claridad los dos objetivos establecidos:

1º) Mantener la fidelidad al carisma de servicio caritativo a los pobres con entusiasmo renovador,

2º) Abrir la Compañía a la internacionalidad y realizar el servicio de cada obra como los pobres de cada lugar lo necesitan, pero con métodos comunes, experimentados en Francia y con buenos resultados.

A finales del siglo XVIII, en mayo de 1790, la Asistente General de la Compañía Sor Juana David y un grupo de cinco hermanas españolas formadas en París durante ocho años, se establecieron en España afrontando dificultades e incomprensiones. Gracias a la firmeza de sus convicciones, la entrega de Sor Juana David y la fidelidad al carisma de aquellas primeras jóvenes, la Compañía en España fue creciendo y consolidándose al servicio de los más necesitados.

En Francia había estallado la Revolución francesa que cambió el ritmo de la historia haciendo desaparecer el llamado "antiguo régimen". La Compañía fue disuelta por orden del Gobierno revolucionario en 1792, pero en esas circunstancias la Superiora General Sor Antonia Deleau escribió a las Hermanas una carta que evoca la fuerza del carisma y la fidelidad al fin de la Compañía: *No abandonen el servicio de los Pobres si no se ven obligadas a ello... Agotemos todos nuestros recursos para mitigar su miseria en estos desgraciados tiempos... Pidan a los señores Administradores que les abonen los gastos del primer traje*

*si se les exige se quiten el hábito. Como es una ley puramente civil, podemos obedecer, pero adopten un vestido sencillo y modesto, como conviene a jóvenes y mujeres cristianas... En una palabra, para poder continuar el servicio de los Pobres préstense a todo lo que honestamente se exija de ustedes en las presentes circunstancias, con tal de que no haya nada contra la religión, la Iglesia y la conciencia*⁸.

Estas palabras son eco de las que San Vicente de Paul había afirmado con fuerza el 22 de enero de 1645: *Hijas mías, el servicio de los pobres tiene que preferirse siempre a todo lo demás*⁹. Es un principio que ha guiado la vocación y misión de las Hijas de la Caridad en todos los países del mundo a lo largo de la historia. Este principio conlleva la capacidad de afrontar las necesarias adaptaciones en función de la situación y necesidades de los Pobres.

Los Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad recogen las gestas heroicas de muchas hermanas durante la revolución francesa. Entre las 4000 hermanas que fueron dispersadas, muchas supieron buscar formas nuevas de atender a los pobres enfermos, aun sin hábito y sin poder vivir en comunidad, estando con su familia o en los hospitales como enfermeras. Muchas fueron perseguidas y algunas martirizadas como las de Arrás, Angers o la beata Sor Margarita Rután¹⁰. Entretanto en España la Compañía se establece y consolida con gestos heroicos de servicio durante la guerra de la invasión francesa (1808-1814) y especialmente en las epidemias de fiebre amarilla (1821), cóleras de 1834, 1855 y 1885, así como durante las tres guerras carlistas del siglo XIX. En estas situaciones de verdadera necesidad en las que estaba en peligro la vida de muchas personas, las hermanas se mostraron disponibles para ir a los campos, a los “lazaretos”, a vivir y servir a los enfermos afectados en barracones o tiendas de campaña en las que se acogía a los infecciosos. Adaptan sus horarios, sus formas de vida comunitaria y cuanto constituye su estilo de vida.

Los mismos testimonios se repiten en las hermanas que van a atender a los heridos de la guerra de Crimea y las ambulancias que se distribuyen por los campos de Europa, Asia, África y América durante las guerras y epidemias de los siglos XIX y XX. Ejemplo singular de adaptación del carisma a las necesidades de servicio de los Pobres, lo encontramos en la biografía de la beata Sor Rosalía Rendu. Ella es la

⁸ *Génesis de la Compañía*, Hijas de la Caridad, Casa Madre, Paris 1968, Edición española, p. 40.

⁹ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas* (14 tomos), Conferencias a las H.C., Edición española de la Editorial Sígueme, Salamanca 1972, tomo IX/1, p. 208.

¹⁰ PONCIANO NIETO, C.M., *Historia de las Hijas de la Caridad* (2 tomos), Madrid 1932, Imprenta Regina 1932, pp. 151-154.

hermana de corazón abrasado en el fuego de la caridad que la impulsa a ser audaz para atender a los necesitados. Su vida es un eco permanente de las palabras de San Vicente de Paúl: *Hemos de atender a las necesidades de nuestro prójimo con la misma rapidez con que se corre a apagar el fuego* (XI/4, 724). Y esto lo hizo en medio de un contexto institucional que no favorecía la adaptación... Durante el largo generato del P. Juan Bautista Etienne (1843-1874) se sacralizó la uniformidad y se vieron las necesarias adaptaciones del carisma en función de la misión como atentados a la fidelidad al carisma. El hecho originó ciertos conflictos de relación entre el Superior General y algunos misioneros y superiores provinciales de ciertos países, entre ellos España¹¹.

Hemos de tener presente que a lo largo del siglo XVIII el racionalismo se fue filtrando paulatinamente en la Iglesia y también en la Compañía. Las cartas circulares de las Superiores Generales con motivo del primer día del año advierten y corrigen defectos que iban debilitando el carisma: faltas de pobreza, viajes innecesarios, detalles de espíritu mundano, dedicar tiempo a lecturas de distensión, visitas de cortesía a damas y personas que no son pobres, faltas de caridad fraterna, falta de dedicación y entrega en el servicio de los pobres... Se había caído en cierta relajación.

Esto se constata también en las correcciones y observaciones que expresó la santísima Virgen en las manifestaciones a Santa Catalina Labouré con motivo de la entrega de la Medalla Milagrosa en 1830. La intervención directa de la Virgen María y la fuerte autoridad del Superior General P. Etienne pusieron fin a esta situación de relajación. A partir de 1830 la Compañía volvió a la fidelidad primitiva. El impulso de la devoción mariana a través de la Medalla Milagrosa, la renovación del servicio a los Pobres con gran disponibilidad de todas las Hermanas y la fidelidad a la obediencia y normas establecidas por el P. Etienne dieron como fruto un fuerte florecimiento vocacional y la gran expansión misionera por el mundo.

Desde el gobierno general se propuso el camino de renovación a través de un impulso fuerte de la formación en línea de fidelidad al carisma. Es el momento en que comienzan a publicarse los Anales en Francia, se editan las Conferencias de San Vicente y se traducen enseguida, 1943, al español. Los Superiores Generales ofrecen insistentemente una llamada a la conversión y una forma de realizar el servicio de las diferentes obras de la Compañía de una determinada manera, marcada por los diversos Manuales elaborados en la Casa Madre y en conformidad con lo que se hacía en Fran-

¹¹ Este tema está bien estudiado por el P. EDWARD R. UDOVIC, C.M., en su obra *Juan Bautista Etienne y el Renacimiento vicenciano*, Traducción de la obra original escrita en inglés, Ed. CEME, Salamanca 2011.

cia¹². Todo esto originó una corriente fuerte de uniformidad que fue exigida como norma obligatoria a todas las comunidades. Esta realidad mantuvo a la Compañía con un alto nivel de expansión misionera y vitalidad apostólica, basada en la atención cuidada y responsable de los pobres, la fidelidad a la vida espiritual y la observancia regular de las hermanas. La situación perduró hasta el Concilio Vaticano II, momento en el que la Compañía alcanzó su zenit numérico: más de 45.000 miembros.

En contraposición con la sacralización de la uniformidad mantenida desde los tiempos del P. Etienne hasta la mitad del siglo XX, tenemos la personalidad de la Superiora General Sor Susana Guillemín (1962-1968) cuyo generalato fue de solo seis años, pero puso a la Compañía en camino de conversión de la mirada y de la vida para realizar las necesarias adaptaciones pedidas por el Concilio Vaticano II. En 1966 advierte: *Guardémonos bien de caer en la mediocridad, de instalarnos a gusto en este mundo de hoy, de convertirnos en infieles inconscientes*¹³. En la carta circular del 1 de enero de 1967 afirma: *Ha sonado una hora crucial en la que todo lo que vive en la Iglesia ha de renovarse o morir*¹⁴. Bajo este principio la Compañía ha querido realizar su adaptación y vuelta a las fuentes pedida por el Concilio Vaticano II a los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica en el Decreto *Perfectae Caritatis*.

Han pasado cincuenta años desde la clausura del Concilio Vaticano II. El mundo ha cambiado vertiginosamente y la mentalidad humanista ha sido sustituida por el individualismo, la indiferencia y el culto a la eficacia y la técnica. Eso se ha infiltrado en la Iglesia y en la Compañía como mundanidad espiritual¹⁵. Han disminuido las vocaciones con mucha rapidez y el número de miembros de la Compañía se reduce sin cesar. De nuevo se nos llama a la conversión y la esperanza bajo el lema de la última Asamblea General celebrada en mayo-junio de 2015: La audacia de la caridad para un nuevo impulso misionero. Es una llamada a vivir en estado de conversión y fiel adaptación del carisma al momento presente.

¹² El P. Juan Bautista Etienne con la Superiora General revisó, adaptó y completó los Reglamentos de los diversos oficios de gobierno de la Compañía, los Manuales para el servicio de los diferentes campos atendidos por las hermanas y el Consuetudinario de la Compañía. Su trabajo de renovación documental dio mucho fruto.

¹³ SOR SUSANA GUILLEMIN, *Cartas y Escritos*, Ed. CEME. Salamanca 1988, p. 54.

¹⁴ *Ibidem*, p. 61.

¹⁵ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Exhortación apostólica de 2013, números 93-97.

5. Elementos significativos del carisma

Volvemos a Châtillon para recordar los elementos significativos que definieron el carisma de la primera Cofradía de la Caridad, las Caridades que se fundaron después y, como consecuencia, la Compañía de las Hijas de la Caridad. En Châtillon hubo un movimiento de compasión en cadena, fruto del Espíritu Santo, que movió los corazones. En los orígenes de la Compañía hubo un **movimiento de compasión** en cadena determinado por los fallos de las Cofradías de la Caridad y la necesidad de los pobres. Ese movimiento tocó el corazón de Margarita Naseau y la puso en movimiento de formación, de acción apostólica y de disponibilidad para servir a los Pobres enfermos en lo más urgente, hasta entregar su vida como mártir de la caridad¹⁶.

El mismo movimiento de compasión actuó en el corazón de San Vicente que envió a Luisa de Marillac a visitar las Caridades para mejorar el servicio de los necesitados y propuso a Margarita Naseau ir desde Villepreux a París para ponerse a servir a los Pobres enfermos bajo la guía de santa Luisa¹⁷.

Movida por la compasión del corazón Luisa de Marillac se pone en camino para visitar a los Pobres de las Caridades de los pueblos, crea escuelas parroquiales para instruir a las niñas de los campos, va y viene sin cesar, alentando, organizando bien el servicio a los necesitados y formando nuevas siervas de los pobres. Movida por la compasión siente que ha llegado la hora de reunir a las Siervas de los pobres en Comunidad y formar la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Otro elemento significativo del carisma es una **espiritualidad fuerte** que conlleva la fidelidad bautismal y el seguimiento de Jesucristo a través de las virtudes de humildad, sencillez y caridad. Estas tres virtudes son la síntesis de las bienaventuranzas, el programa evangélico ofrecido por Jesús de Nazaret para seguirle y hacer presente el Reino de Dios. Este elemento aparece muy claro en el Reglamento de la Caridad de Châtillon:

*Se ejercitarán **con esmero** en la humildad, sencillez y caridad, respetando cada una a su compañera y a las demás y dejándoles la precedencia. Realizarán todas sus acciones con la intención de demostrar su caridad para con los pobres, y no por respeto humano*¹⁸.

Con la misma fuerza y mayor exigencia se transfiere a la Compañía:

Mientras reinen en vosotras la caridad, la humildad y la sencillez, se podrá decir: "Todavía vive la Compañía de la Caridad"... El día en

¹⁶ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas* (14 tomos), Conferencias a las H.C., o.c., IX/1, 88-90.

¹⁷ *Ibidem*, 234.

¹⁸ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas*, Tomo X, 585.

*que la caridad, la humildad y la sencillez dejen de verse en la Compañía, la pobre Caridad estará muerta; sí, estará muerta*¹⁹.

Otro elemento clave del carisma es la **organización responsable y comprometida** de la caridad en el servicio de los Pobres²⁰. Por eso San Vicente escribió diversos Reglamentos para los diferentes tipos de Cofradías de la Caridad que estableció. Y cuando falló la responsabilidad y el compromiso de los laicos, el Espíritu Santo hizo surgir en la Iglesia la Compañía. San Vicente se mostró invariable en el fin: el servicio de Cristo en los pobres, y flexible en los medios para el servicio. A diferentes necesidades, aplicó diferentes soluciones y diversidad de Reglamentos. Esto fue realidad cierta en las Caridades y en la Compañía.

Hay un cuarto elemento significativo del carisma es la **calidez y calidad del servicio ofrecido**²¹. La calidez es cercanía y cordialidad alegre poniendo el corazón en la mirada y en las manos, sonrisa en los labios y ternura en el trabajo prestado. Por eso los Reglamentos de las Cofradías y de la Compañía de las Hijas de la Caridad precisan muchos detalles de respeto, delicadeza, competencia en el modo de hacer el servicio. Es un elemento clave en nuestro carisma de servicio a los Pobres. Este elemento ha sido muy cuidado a lo largo de la historia juntamente con la mirada de fe para descubrir la presencia de Cristo en la persona del pobre y desvalido. Las Hermanas han adquirido la competencia necesaria para realizar con calidez y calidad el servicio de los pobres que se les había encomendado.

El historiador José M^a Román, C.M., al narrar y comentar el establecimiento de las Caridades por San Vicente de Paúl, afirma: *Gracias a la caridad, la Iglesia mostró su rostro de madre a los desvalidos*²². El fundador estaba convencido de que **Dios es el único autor de las Caridades y de la Compañía y también de que su carisma es un don para Iglesia y un bien grande para los pobres**. Lo repite con frecuencia porque quiere que cale en el corazón de sus discípulos y seguidores²³.

¹⁹ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas, o.c.*, Tomo IX/1, 536.

²⁰ JOSÉ M^a ROMÁN, *San Vicente de Paul*, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1981, pp. 455, 594.

²¹ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas, o.c.*, Tomo IX/2, Conferencia sobre la cordialidad del 2-6-1658: hay numerosas referencias y citas que corroboran este elemento.

²² JOSÉ M^a ROMÁN, *San Vicente de Paul*, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1981, p. 452.

²³ SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas, o.c.*, Tomo IX/1, 416, 541, 611; *Reglamento de las Damas de la Caridad*, X, 936, 967.

6. Desafíos que nos presenta hoy la herencia vicenciana:

El mismo Espíritu que ungió a Jesús para enviarlo a anunciar el Evangelio a los pobres conduce a sus discípulos hacia la misión de continuar la obra salvadora entre los más abandonados. Desde esta convicción fundamental de San Vicente de Paúl nos planteamos los desafíos que nos presenta hoy la herencia vicenciana. Vivimos en un mundo falto de espiritualidad y sobrado de individualismo egoísta. Ante esta situación la herencia vicenciana nos desafía a intensificar la espiritualidad y reafirmar la identidad cristiana y vicenciana de verdaderas siervas de los pobres.

Ser Hija de la Caridad ya no puede ser definido por los trabajos que realizamos en Colegios, Hogares, Hospitales, Residencias u Obras Sociales. Ser Hija de la Caridad tiene que ser definido y percibido por lo que somos: mujeres creyentes que seguimos a Jesucristo adorador del Padre, servidor de su designio de amor y evangelizador de los pobres, que le amamos con un corazón indiviso y le servimos en la persona de los pobres con entrega total de nuestra vida. El hecho diferencial y el perfil de identidad tienen que estar en la fe y en la alegría con la que vivimos la vocación.

Frente a un mundo donde impera la superficialidad, el individualismo, la búsqueda de la eficacia, la ausencia de Dios y la indiferencia globalizada, estamos llamadas a ser testigos de la misericordia y la ternura de Dios hacia todos, especialmente hacia los más pobres. A partir de 1830 la Compañía se renovó gracias a la renovación de la espiritualidad legada por los Fundadores bajo la mirada de la Virgen María y la devoción a Ella, la unión en la Comunidad y la disponibilidad para el servicio en su doble vertiente: obediencia y envío a los más necesitados saltando fronteras geográficas. En nuestras manos están los mismos cauces que siguen siendo válidos para alentar la audacia de la caridad para un nuevo impulso misionero.

Los desafíos a los que hemos de dar respuesta se pueden concretar así:

- Vivir la espiritualidad **trinitaria** que hunde sus raíces en la entraña misericordiosa de nuestro Dios y nos hace vivir en comunidad de vida fraterna para la misión.

- Profundizar en la mirada de fe que brota de una espiritualidad **encarnada** que hace de la persona el centro y convierte la técnica en vehículo de la ternura de Cristo.

- Avanzar en la espiritualidad **transformadora** que nos envía a las periferias y nos sitúa al lado de los pobres y contra las causas de la pobreza.

- Cuidar la espiritualidad de la **gracia** que nos hace vivir nuestro servicio como vocación y como don.

– Ahondar en la espiritualidad de **comuni3n** para acoger a los laicos como un don y promover su formaci3n y participaci3n en el carisma para servir mejor a los pobres de nuestro mundo e ir con ellos a las periferias de la pobreza.

– Adentrarnos en el **discernimiento** personal y comunitario para tomar opciones, a la luz del Evangelio y del carisma, que puedan mejorar las condiciones de vida de los pobres.

– Cultivar el sentido **pascual** de nuestra vocaci3n que nos aporta fortaleza y esperanza ante el sufrimiento propio y ajeno, particularmente el de los pobres y desvalidos.

– Considerar el sacramento de la **Eucaristía** como centro de la vida y misi3n que se prolonga cada día en el servicio de nuestros hermanos los pobres.

– Expresar la **ternura** de la misericordia divina que nos hace apreciar lo m3s d3bil y pequeño en nuestras relaciones con los dem3s.

Así daremos acogida al Esp3ritu que nos llama hoy a ser testigos creíbles de la misericordia entrañable de Jes3s entre los pobres, desde la alegría del Evangelio y la pobreza evang3lica que nos mueve a compartir todo lo que somos y tenemos con los necesitados.